



29 de octubre de 2011

[Imprimir Página Web](#)

La revisión de la postura nuclear americana

Manuel Coma

ARI N° 4-2002 - 27.3.2002

La intención del documento es orientar a las fuerzas nucleares en su desarrollo para un período de tiempo de entre cinco y diez años. Para denominarlo se ha utilizado una palabra, *posture*, consagrada ya en la jerga militar y estratégica norteamericana, de un significado extremadamente general y vago. En muchos contextos su mejor equivalencia podría ser "política": Revisión de la Política Nuclear. Otras veces se refiere a todo lo que hay: las fuerzas con sus medios y sus doctrinas tácticas y estratégicas. En todo caso, en el texto se subraya que no se está tratando de una realidad material, sino de una orientación general cuyo contexto es la Revisión Cuatrienal de la Defensa, de la cual representa el desarrollo de sus aspectos nucleares. Esta otra Revisión responde también a un mandato del legislativo. En ese documento más general, el secretario de Defensa Rumsfeld trabajó intensamente desde su toma de posesión. Lo entregó al Congreso el 1 de septiembre y los trágicos acontecimientos posteriores lo privaron del eco que se merecía.

La nueva Postura se propone "iniciar un cambio importante en el enfoque del papel de las fuerzas ofensivas nucleares en la estrategia de disuasión y presentar un proyecto para la transformación de la postura estratégica". Con tal fin, el documento resalta el establecimiento de una Nueva Triada, con mayúsculas, formada por:

- Fuerzas ofensivas de ataque, tanto nucleares como no-nucleares.
- Defensas, tanto activas como pasivas.
- Una revitalización de la "infraestructura" de la defensa, entendiendo por tal la base tecnológica e industrial de la misma, de manera que esté en condiciones de proporcionar con rapidez nuevas capacidades militares como respuesta a nuevas amenazas.

Se resalta también que lo que entrelaza los elementos de la Nueva Triada son sistemas reforzados de mando y control (C2) e inteligencia.

A la Triada se le atribuye la virtud de disminuir la dependencia respecto a las armas nucleares, lo que constituye un objetivo esencial de la administración Bush, que el presidente ha reseñado en importantes declaraciones, en las que ha propuesto la reducción de las cabezas nucleares desplegadas desde el nivel actual de unas 6.000 hasta una cifra en torno a las 2.000.

Se espera igualmente que mejore la capacidad de disuadir ataques de los países que están adquiriendo Armamento de Destrucción Masiva. Se pretende lograr ambos objetivos por la adición de elementos defensivos a los ofensivos, con lo que estos pierden su exclusividad como fuerzas disuasoras, y por la adición de fuerzas ofensivas no nucleares a las nucleares, incluyendo operaciones de ciberguerra.

En su prólogo a la Revisión, Rumsfeld pone especial hincapié en que la principal consecuencia de estas aportaciones es el cambio radical de los criterios de planificación de las fuerzas nucleares, que a lo largo de toda la década anterior solamente se vieron afectadas por la entrada en vigor del tratado START.

Su planteamiento ya no puede basarse en la amenaza soviética, o en las capacidades que todavía conserva Rusia, que ha dejado de ser un país enemigo. La amenaza que ahora se pretende contrarrestar por medio de la disuasión procede de fuerzas mucho más pequeñas, en manos de actores políticos menos previsibles, que pueden tener menos inhibiciones para usarlas y que tratan de poner a prueba los compromisos de seguridad de Estados Unidos con sus aliados y amigos. Frente a ellos, las grandes fuerzas nucleares ofensivas, capaces de un golpe aniquilador carecen de utilidad por no resultar creíble un ataque de estas características. Los actuales responsables de la seguridad norteamericana sienten la necesidad de crear un abanico de capacidades mucho más variado y flexible, que incluya opciones que permitan derrotar al agresor. Y eso es justo lo que la Revisión cree haber logrado.

Pero aunque el documento afirme que la nueva Postura "transformará la Triada nuclear ofensiva de la Guerra Fría en la Nueva Triada de las décadas por venir", la realidad es que son tan distintas que difícilmente se puede decir que una sustituya a la otra.

La Triada estratégica de la Guerra Fría se mantiene como una parte del primer miembro o pie de la Nueva Triada. La antigua la formaban tres tipos de vectores para proyectar las bombas nucleares sobre el enemigo: los misiles que desde el territorio continental americano pueden alcanzar el territorio soviético (ICBM), los misiles que se disparan desde submarinos sumergidos (SLBM) y los bombarderos nucleares de largo alcance. La redundancia de medios de proyección estaba destinada a garantizar su supervivencia a un primer golpe del enemigo y de esa manera dejar clara la seguridad de una réplica devastadora que anulase todas las ventajas de haber tomado la iniciativa en el ataque.

Aunque esa vieja Triada sobrevive, pierde importancia relativa, lo que posibilita la reducción numérica de fuerzas desplegadas, al añadirsele otras denominadas "no-nucleares". La expresión elegida es muy significativa, porque lo normal es que se las hubiera llamado convencionales, pero como se incluyen capacidades sumamente novedosas, como las informáticas, que permiten llevar a cabo operaciones de infoguerra o ciberguerra, se ha preferido una designación todavía más genérica.

El segundo elemento de la Nueva Triada, las defensas estratégicas, rompe por completo con la lógica de la doctrina de disuasión que prevaleció durante la Guerra Fría, la Destrucción Mutua Asegurada. Para certificar que cada parte estaba dispuesta a dejarse destruir por su enemigo era necesario no erigir defensas. La nueva administración ha llegado al poder con un manifiesto entusiasmo por los sistemas de misiles que destruyan a los misiles atacantes, que en todo caso hereda de Bill Clinton. Estas defensas reciben el nombre de activas. Obviamente desarrollará todas las formas de protección, las llamadas defensas pasivas, que considere oportunas. Así aumenta sus opciones y mejora su capacidad de disuasión al privar de sentido a un ataque que no pueda alcanzar sus objetivos.

El tercer pie no lo constituye más armamento sino la capacidad de producirlo a corto plazo y de seguir innovando. El énfasis en ese punto expresa la insatisfacción del equipo de George Bush con el abandono que padeció ese sector durante las presidencias de Clinton. Refleja la convicción de que no sólo disuade lo que se tiene, sino también lo que se puede llegar a tener dentro de un plazo operativo. Una parte disuade a otra de emprender una carrera de

armamentos si tiene la capacidad y demuestra la voluntad de ganarla. Si la situación es la contraria, está incitando a su rival al rearme.

Por otro lado, la nueva Postura tiene en cuenta la posibilidad de que los mecanismos disuasorios no funcionen como se espera de ellos. En ese caso, la Nueva Triada pretende proporcionar también las fuerzas adecuadas para derrotar al enemigo. Dado que se trata de nuevos enemigos, incluyendo los no estatales, como el terrorismo internacional, y que la amenaza puede cambiar y surgir donde menos se espera, como han demostrado los dramáticos acontecimientos recientes, se considera indispensable ir adaptando las fuerzas. Para ello es necesario innovar en el armamento y por tanto mantener a punto el aparato tecnológico y productivo.

La Postura apunta algunas de las líneas de innovación. Se trata de disponer de armas nucleares más pequeñas y usables, con efectos colaterales muy atenuados o suprimidos, y con una utilidad militar práctica que sirva para combatir al enemigo. Al hacer el uso más creíble y la derrota de la agresión más probable, se confía en que se verá mejorada la capacidad de disuasión y, por tanto, se alejará la necesidad de tener que usarlas.

Armas de estas características que se mencionan expresamente son las bombas con capacidad de penetrar profundamente terrenos duros o espesas paredes para atacar instalaciones vitales del enemigo, como centros de mando y control o lugares de producción y almacenamiento de armas de destrucción masiva sepultados en el interior de una montaña. En la medida que alcancen sus blancos necesitarán una baja potencia para destruirlos. Baja potencia y gran profundidad significa ausencia de repercusiones en la superficie, lo que se llama fall out o lluvia radioactiva.

Sus problemas

La mención de este tipo de nuevas armas es uno de los puntos que mayor impacto público ha tenido en Estados Unidos. El otro aspecto del documento estratégico que ha llamado poderosamente la atención es el hecho de que se cite nominalmente un cierto número de países que podrían llegar a convertirse en blancos nucleares. Mención que no aparece en los extractos publicados por el Pentágono sino en las filtraciones hechas a la prensa.

La posibilidad misma de la existencia de las pequeñas armas nucleares o "mininukes" ha sido puesta en cuestión por algunos científicos prestigiosos especializados en campos que se relacionan directamente con el tema. Arguyen que se está muy lejos de esas capacidades de penetración necesarias para alcanzar los blancos buscados, con lo que se necesitarían armas más potentes de lo que se dice, para realizar tales cometidos. Según el razonamiento anterior, armas más potentes detonadas más cerca de la superficie significan contaminación radioactiva en la atmósfera.

Lo cierto es que otros ingenieros y científicos de no menor prestigio que trabajan directamente en el diseño y producción se muestran convencidos de la viabilidad de sus proyectos. Es una disputa que deja perplejo al profano. Merece constatarse que la historia de la era nuclear deja patente el gran papel que posiciones ideológicas desempeñan en estos debates entre hombres de ciencia. Se niega la posibilidad física de algo cuyos efectos se teme. ¿Cómo podrá causar daño lo que es irrealizable? Lógicamente, se priva de fondos a proyectos que no se consideran factibles, asegurando así que no verán la luz aún en el caso de que lo fueran. Sólo si la administración Bush sigue adelante podremos saber si ha malgastado el dinero persiguiendo una quimera o si sus aspiraciones tienen un sólido fundamento científico.

Mientras tanto, cabe la duda de que la crítica a las mininukes provenga realmente de la hostilidad a las consecuencias estratégicas que se atribuyen a su mera existencia, relacionadas con el tema central de la rebaja del

umbral nuclear.

También ha levantado una gran polvareda el hecho de que se mencionen como posibles objetivos nucleares a Rusia, China, Irán, Irak, Corea del Norte, Siria y Libia. Asusta lo que pueda tener de provocación, pero todo el mundo sabe que el trabajo de cualquier Estado Mayor es trazar toda clase de planes de contingencia. Sería ingenuo pensar que esos países no se vieran afectados por la política de blancos nucleares de la superpotencia. La mención expresa muestra una vez más la fe del equipo de seguridad americano en una política de romper tabúes llamando a las cosas por su nombre.

Respecto a Rusia, el presidente Bush ha proclamado en diversas ocasiones que ya no es en absoluto considerada como un país enemigo. Pero sigue teniendo un gran arsenal nuclear con problemas de mantenimiento y queda en Estados Unidos una preocupación residual por la posibilidad de una involución política y otra preocupación mucho más apremiante por la seguridad física de dicho arsenal. Lo mismo que en el caso de la reciente declaración americana de abandono del tratado ABM de 1972 (que limita drásticamente las defensas contra misiles), la reacción de Vladimir Putin ha sido sumamente moderada.

Los chinos han tenido duras palabras, "chantaje nuclear", pero no han buscado un gran eco a las mismas. Claramente reservan sus más duras andanadas para todo lo que se relacione de manera inmediata con el apoyo de Estados Unidos a Taiwán, aunque la hipótesis remota de un conflicto nuclear entre las dos potencias no puede menos de estar relacionada con la defensa de la isla disidente.

Implicaciones estratégicas

La mención de los restantes países de la pequeña lista está preñada de implicaciones estratégicas que se suman a las derivadas del desarrollo de armas nucleares tácticas y apuntan en la misma dirección.

Puede suponerse que los tres países del "eje del mal" carecen todavía de armas nucleares pero tienen programas para desarrollarlas. En todo caso, poseen armas químicas y biológicas cuyos arsenales siguen incrementando. Siria y Libia han sido motejados, como los anteriores, de países "delincuentes", y, como ellos, poseen armas biológicas y químicas pero no tienen programas nucleares.

El hecho de que se contemple la posibilidad de usar contra ellos armas atómicas plantea en primer lugar un grave problema jurídico, puesto que por el tratado de No Proliferación de armas nucleares, las cinco potencias a las que se admite el derecho a poseer tales armas (Estados Unidos, Rusia, China, Reino Unido y Francia) se comprometen a no usarlas contra las otras 182 signatarias del tratado, con la sola excepción de que fueran atacadas por alguna de ellas en alianza con otra nuclear. Subsiste, sin embargo, cierta ambigüedad y ya en la guerra del Golfo, Bush padre hizo amenazas muy poco veladas de echar mano del arsenal nuclear si las fuerzas aliadas eran atacadas con armas químicas o biológicas.

En segundo lugar, la miniaturización de armas nucleares de gran poder de penetración está pensada para acabar con el peligro que suponen las armas de destrucción masiva en manos de regímenes poco fiables. Se espera que su mera existencia disuada no ya del empleo si no incluso de la adquisición; pero si no lo hace su supuesta utilidad militar y su hipotética carencia de efectos no deseados las hace sumamente usables.

El altísimo "umbral nuclear" que supone un arsenal diseñado para que si se rompe el tabú nuclear se haga evidente la posibilidad de una escalada hasta el holocausto atómico, queda así drásticamente rebajado. La tentación de franquearlo puede ser muy fuerte. Con ello, la Postura abandona la tradicional doctrina de "destrucción mutua

asegurada" por otra de disuasión basada en la capacidad de combatir y ganar una guerra nuclear, confiando en que el umbral nuclear se franquea a un nivel tan bajo que no existe peligro de escalada.

España no sólo es signataria del TNP (tratado de No Proliferación) sino que, a diferencia de otros socios de la OTAN, no acepta armas nucleares en su territorio, aunque sigue la política de no preguntar a los americanos si sus barcos o aviones son portadores de las mismas, aceptando la política americana de no proporcionar jamás tal información.

Esa actitud española podría crearle dificultades al gobierno en caso de que en un conflicto las bases americanas en nuestro país se usasen como etapa intermedia en el despliegue hacia la zona bélica. Ante la perspectiva de que Washington llegara a usar el temido armamento, podrían producirse reacciones de opinión pública que nos situarían en una posición delicada respecto a nuestro principal aliado.

Por otro lado, las dudas sobre la compatibilidad entre la nueva doctrina y el TNP podrían desencadenar un movimiento de crítica internacional en el que España tendría que tomar una posición. Obviamente, esa posición debería estar concertada con nuestros socios europeos, pero su dirección general debería ser que más vale introducir algún retoque en el texto del tratado que mantener una sombra de duda sobre el respeto al derecho internacional.

El Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos es una fundación privada e independiente cuya tarea es servir de foro de análisis y discusión sobre la actualidad internacional, y muy particularmente sobre las relaciones internacionales de España. El Real Instituto Elcano no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los documentos firmados por sus analistas o colaboradores y difundidos en su página web o en cualquier otra publicación.

© *Fundación Real Instituto Elcano 2011*

[Subir ▲](#)